

En la calle más señorial se alzaba una suntuosa casa antigua; la pared exterior estaba cubierta de trozos de cristal labrado, que brillaban a la luz del sol y de la luna como diamantes. Esto era signo de prosperidad, y la prosperidad reinaba en su interior. Se decía que el comerciante era un hombre tan rico que podía guardar dos barriles de oro en medio de su living y que incluso podía poner, como alcancía para el futuro, un barril de monedas de oro frente a la puerta de la habitación donde nació su pequeño hijo.

Cuando el pequeño llegó a esta casa, hubo una gran alegría desde el sótano hasta el desván, aunque allí arriba la alegría fue aún mayor un par de horas más tarde. Allí vivían el dispensero y su esposa, y aquí también llegó un bebé, dado por Nuestro Señor, traído por la cigüeña y mostrado a todos por la madre. También aquí, como suele suceder, había un cubo fuera de la puerta, pero no era de oro, sino del polvo barrido de la casa.

El rico comerciante era un hombre muy recto y bondadoso; su esposa, fina y siempre vestida de forma distinguida, era piadosa y también dulce y caritativa. Todo el mundo se alegró de que ambos tuvieran la dicha de te-

ner un hijo pequeño, que crecería para ser grande y rico, como su padre.

El pequeño fue bautizado con el nombre de Félix, que significa «feliz» en latín, y en efecto lo era, y sus padres aún más.

El despensero, todo un caballero, y su esposa, tan honrada y trabajadora, eran muy queridos por todos los que los conocían. Estaban muy contentos por su hijo: se llamaba Peer.

El niño del principal y el del ático recibieron los mismos besos de sus padres y la misma luz de Nuestro Señor, pero ciertamente se encontraban en una situación muy diferente: uno abajo, el otro arriba. Peer estaba arriba, en lo alto del ático, y tenía a su madre por nodriza; el pequeño Félix tenía por nodriza a una desconocida, pero era una buena y honrada mujer, o eso al menos estaba escrito en su libreta de servicios. El niño rico tenía un bonito cochecito que era empujado por su niñera en uniforme; al pequeño del ático lo llevaba su madre, tanto si vestía ropa de domingo como de diario; y el placer era el mismo.

Ambos pudieron observar pronto el mundo que los rodeaba, crecieron y aprendieron a mostrar con sus manos cuánto habían crecido y a decir palabras sueltas en su lengua materna. Los dos eran igual de lindos, igual de mimosos e igual de glotones. A medida que crecían, disfrutaban igual de la carroza y los caballos del comerciante. A Félix se le permitía sentarse con la niñera al lado del cochero y observar los caballos, imaginando que era él quien los guiaba; a Peer se le permitía colocarse en la ventana del ático y mirar hacia el patio cuando los amos salían en el carruaje; y, una vez que se habían marchado, colocaba dos sillas una frente a otra en su habitación y así

conducía solo; él era el cochero de verdad. ¡Eso era algo más que imaginarse que era el cochero! A los dos les iba muy bien, pero solo a los dos años se hablaron por primera vez. Félix iba elegantemente vestido de terciopelo y seda, con calzones hasta las rodillas al estilo inglés.

—¿Quién sabe el frío que pasará, pobrecito? —decía la familia en el ático.

Peer tenía pantalones hasta los tobillos, pero un día se le habían roto hasta las rodillas, que estaban tan expuestas al aire y al descubierto como las del elegante niño del comerciante. Félix salía del portal con su madre, mientras Peer entraba con la suya.

—Dale la mano al pequeño Peer —dijo la mujer del comerciante—. ¡Deberían hablar ustedes dos!

Y el uno dijo:

—¡Peer!

Y el otro, replicó:

—¡Félix!

Sí, ¡eso fue todo lo que se dijeron aquella vez!

La señora rica mimaba a su hijo, pero la que mimaba a Peer era su abuela. Ella era corta de vista y, sin embargo, veía mucho: vio más en el pequeño Peer de lo que vieron papá y mamá, más de lo que nadie podía vislumbrar.

—El pequeño se abrirá camino en el mundo —dijo ella—. Nació con una manzana de oro en la mano. ¡Puedo verlo aunque mis ojos sean débiles! ¡Aquí está la manzana brillante! —Y besó al pequeño en las manitas.

Los padres no vieron nada, Peer tampoco; pero, mientras más crecía en conocimiento, más quería creerlo.

—¡Qué historia, qué cuento de hadas es ese que cuenta la abuela! —dijeron los padres.

Sí, la abuela sabía contar cuentos y Peer nunca se can-

saba de escucharlos una y otra vez. Ella le enseñó un salmo y también el Padre Nuestro, y él lo recitaba no como una canción infantil, sino como palabras que tienen un significado: ella le explicaba cada frase. Recordaba especialmente lo que su abuela había dicho sobre las palabras «danos hoy nuestro pan de cada día». Debía entender que si uno necesitaba pan blanco, el otro pan negro; que alguien que tenía mucha gente a su servicio debía tener una casa grande y el otro, de condición humilde, podía ser igual de feliz en una pequeña habitación en el ático. Y así, todos, a cada cual su «pan de cada día».

Peer tuvo, naturalmente, su buen pan de cada día y también los días más maravillosos, pero estos no iban a durar para siempre. Comenzaron los duros años de la guerra; los jóvenes tuvieron que marcharse, luego también los mayores. El padre de Peer estuvo entre los llamados a filas y, poco después, se supo que había sido uno de los primeros en caer en combate contra el enemigo más poderoso.

En la pequeña habitación del ático hubo un amargo dolor. Mamá lloraba, la abuela y el pequeño Peer lloraban, y cada vez que un vecino se acercaba a ellos, se mencionaba a «papá» y todos lloraban. Pero a la viuda se le permitió quedarse en el piso, el primer año gratis y después pagando solo un pequeño alquiler. La abuela se quedó con mamá, que se mantenía lavando ropa para varios «caballeros solteros y elegantes», como ella los llamaba. Peer no sufría ni penas ni privaciones: tenía mucho que comer y beber, y su abuela le contaba historias del ancho mundo, tan extrañas y maravillosas, que un día él le preguntó si un domingo no podrían irse juntos como príncipe y princesa a países extranjeros y luego volver a casa luciendo una corona de oro en la cabeza.

—Soy demasiado mayor para hacer eso —le contestó la abuela—, y primero debes aprender muchas, muchas cosas y hacerte grande y fuerte. ¡Pero siempre debes ser tan bueno y cariñoso como eres ahora!

Peer montaba en casa su caballo de madera; incluso tenía dos, mientras que el hijo del comerciante tenía un caballo de verdad, tan pequeño que podía llamarse «caballo-bebé», y así lo llamaba Peer, y nunca pudo crecer más. Félix lo montaba en el patio y, a veces, fuera de la puerta, acompañado de su padre y de un maestro de equitación de la corte. Durante la primera media hora, Peer despreció a sus caballitos y no tuvo ganas de montarlos, porque no eran de verdad; entonces le preguntó a su madre por qué no tenía un caballo de verdad como el del pequeño Félix, y su madre le contestó:

—Félix vive abajo, en el primer piso, junto al establo; mientras que tú vives aquí arriba, bajo el tejado. No se pueden tener caballos en el ático, salvo los que tú tienes. ¡Monta esos!

Y así cabalgó Peer. Primero hasta la cómoda, la gran montaña con muchos tesoros: allí estaban tanto la ropa de domingo de Peer como la de su madre y las lustrosas monedas de plata que guardaba para el alquiler. Luego cabalgaba hasta la estufa, a la que llamaba el «oso negro»: dormía todo el verano, pero cuando llegaba el invierno tenía que mostrarse útil, calentando la habitación y cocinando la comida.

Peer tenía un padrino que venía regularmente todos los domingos de invierno para comer caliente. Las cosas le habían ido mal, decían su madre y su abuela. Había empezado como cochero, pero estuvo bebiendo y se quedó dormido en su puesto, algo que ni los soldados ni los cocheros



deben hacer nunca. Luego se convirtió en taxista, conducía coches de alquiler y carruajes, y a menudo lo hacía para gente muy refinada, pero ahora conducía el carro de la basura e iba de puerta en puerta, haciendo sonar el sonajero:

—¡Basura, basura!

De las casas salían en tropel muchachas y mujeres con los cubos llenos, que volcaban en el carro: basura y chatarra, cenizas y desperdicios.

Un día Peer bajó del ático, después de que su madre se hubiera ido a la ciudad, y se detuvo ante la puerta abierta. Fuera estaba su padrino con su carreta.

—¿Quieres dar un paseo? —le preguntó.

A Peer le gustó la idea, aunque solo hasta la esquina. Sus ojos brillaron cuando, sentado en el asiento con su padrino, se le permitió usar el látigo. Peer conducía caballos de verdad y... ¡hasta la esquina! En eso llegó la madre y puso una cara que era cualquier cosa menos feliz: no era bueno ver a su pequeño hijo en el carro de la basura. Lo hizo bajar inmediatamente, mientras daba las gracias a su padrino; pero en cuanto llegaron a casa, le prohibió volver a hacerlo.

Otro día volvió a bajar a la puerta. No había padrino que lo incitara a dar un paseo en el carro, pero había otras tentaciones: tres o cuatro mocosos hurgaban en la alcantarilla para ver si encontraban algo perdido o escondido. Muchas veces habían dado con un botón o una moneda de cobre, pero a menudo también se habían herido con trozos de cristal o se habían pinchado con alfileres, como les ocurrió entonces. Peer también quiso probar y, en cuanto se agachó sobre la alcantarilla, encontró una moneda de plata.

Otro día volvió a rebuscar allí con los otros chicos;

ellos solo sacaron los dedos sucios, mientras que él encontró un anillo de oro y, con los ojos brillantes, presumió de su feliz hallazgo. Pero los demás lo cubrieron de insultos, llamándolo «Peer, el Afortunado», y ya no le permitieron volver a jugar con ellos cuando buscaban en la cuneta.

Detrás del patio del comerciante había un terreno pantanoso que había que rellenar y convertir en terreno edificable: allí se vertían grava y cenizas, en grandes pilas. El padrino las llevaba, pero a Peer no se le permitía acompañarlo. Los mocosos escarbaban en las pilas, cavando con un palo e incluso con las manos desnudas, y siempre encontraban algo que parecía valer la pena.

Entonces apareció el pequeño Peer. Lo vieron y gritaron:

—¡Largo de aquí, Peer el Afortunado!

Y cuando, a pesar de los gritos, se acercó igual, le lanzaron terrones de tierra; uno de ellos golpeó su zueco de madera y se hizo pedazos. Algo brillante salió rodando y Peer lo recogió. Era un pequeño corazón de ámbar. Lo llevó a casa a toda prisa; los demás no se dieron cuenta de que, incluso cuando lo maltrataban, seguía siendo un niño con fortuna.

La moneda de plata que había encontrado la metió en su alcancía; el anillo y el corazoncito de ámbar se los enseñó a la señora de la casa, porque mamá quería saber si eran cosas perdidos que debían devolverse a la policía.

¡Cómo brillaron los ojos de la señora al ver el anillo! Era su propio anillo de compromiso, que había perdido hacía tres años. Todo ese tiempo había permanecido en la cuneta. Peer recibió una buena propina, que tintineó en su alcancía. El corazón de ámbar tenía poco valor, dijo la señora; Peer podía quedárselo sin problema.



Por la noche, el corazón de ámbar yacía en el velador, y la abuela se recostó en la cama.

—¿Qué es eso que arde tanto? —preguntó ella—. ¡Parece que hay una pequeña vela encendida!

Entonces se levantó para ver: era el corazoncito de ámbar. Sí, la abuela, con su débil vista, a menudo veía más que los demás. Y esto le dio ideas. A la mañana siguiente, tomó un cordel fino y fuerte, lo pasó por el agujero del extremo del corazoncito y lo puso alrededor del cuello de su nieto.

—No debes quitártelo nunca, salvo cuando haya que ponerle un cordón nuevo. Y tampoco dejes que lo vean los otros niños; de lo contrario te lo quitarán y te dolerá la barriga.

Ese era el único dolor que conocía el pequeño Peer. También había un extraño poder en el corazoncito. La abuela le mostró que, cuando lo frotaba con la mano y le acercaba una hebra de paja, la hebra parecía cobrar vida: se sentía atraída por el corazón de ámbar y ya no lo soltaba.